



Universidad Autónoma
del Estado de México

Taciturno

JOSÉ PABLO REYES MONTES DE OCA





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
*Director General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales / A*

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales / B*

Taciturno

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Lujá

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Tercer Concurso Universitario de Literatura
“Horacio Zúñiga Anaya” 2022

Jurado

Heber Quijano, México

Roberto C. Quezada, México

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Lujá

Jorge Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

Taciturno

José Pablo Reyes Montes de Oca



Universidad Autónoma
del Estado de México

“2023, Conmemoración de los 195 Años del Instituto Literario del Estado de México”

Primera edición, mayo 2023

Taciturno

José Pablo Reyes Montes de Oca

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: 722 481 1800
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas
(Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-592-5

Hecho en México

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez
Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras
Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis
Corrección de estilo: Silvia Martínez García
Formación: Antonia Aguilar Araujo
Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

PARTE I

11	AETENEB
22	LOS HIJOS QUE NO OBRAN
36	LAÍN

PARTE II

53	EL PÁRAMO DE LOS HORRORES
73	EL DESIERTO

PARTE III

97	LOS HOMBRES TEMEN A LA MUERTE
109	NAUFRAGO

A decorative horizontal brushstroke across the top of the page. It consists of several overlapping strokes in shades of grey and a muted red or pink. The word "Parte" is written in a cursive script, and the Roman numeral "I" is in a bold serif font, both positioned over the brushstroke.

Parte I



AETENEB

I

Los hombres rezaban amenamente,
Una voz sobre otra,
En su mente y su rencor
Al no recibir respuesta
O señal de su Creador.

Aquel lugar parecía ser igual.
Ni siquiera la noche y el día distinguía.
Solo oscuridad, oscuridad cernía
Las cabezas y los corazones
Afligidos de los hombres.

Mientras unos gozaban,
De lo banal y lo terrenal
Otros miraban al cielo,

Eternamente nocturno,
En un hórrido lamento.

12
Fuera mujer o niño
Una lágrima siquiera convencía
A una humeante vela
Que se encogía
De la oscuridad eterna.

Aquel lugar, *Aeteneb*
Nunca más vio el cielo
Y los unos a los otros se veían
Con rostro resignado
A vivir, sufrir y morir.

No había mejor precio que la Muerte
Solo así la luz existía
Porque al final polvo y huesos
En *Aeteneb* y en aquella tierra
Del hombre solo quedaría.

II

¡Oh! *Aeteneb!*
Ciudad a oscuras
Que tus hijos lloran
Día y noche el dolor
Los asecha,
Los carcome.

Yo, Laín
Que nací del polvo
Y la tiniebla
Lloro y sufro,
Aunque miro a las estrellas
Buscando consuelo.

Miro a las estrellas
Porque son los ojos del Creador
Tus hijos han abandonado
La respuesta más importante
¿Por qué se vive?

Miro a la Luna
Único reflejo del Sol que no amanece,
Tus hijos han abandonado
Su propia fe
De sentirse humanos.

¡Oh, *Aeteneb!*
Ciudad de las murallas
Y tumulto de preocupaciones
Deshonrada en la soledad
En la maldad del pensamiento.

A espera de los terrores
Bajo el yugo del fiel prisionero,
Con cadenas de inmundicias
Del opresor tirano
Como del oprimido infame.

Tú, que fuiste divino templo
Del pensamiento y pureza
En el pecho de cada persona vives

En tu pasado glorioso
Hoy solo ruinas a tu culto.

III

15

Los pocos que no son juzgados
Cuentan entre dientes
Que hace más de trescientos ciclos
Les fueron arrancados la virtud
En el cataclismo de las sombras.

De tu esplendor emanaban
Pensamientos y obras,
Vida, en torrentes a ríos
Desde tu recinto
Hasta las orillas de la creación.

Los sabios que vivieron en tus templos
Cuentan dolientes
Que adoraron a otros Dioses,

El odio, la guerra y la destrucción;
Levantando murallas en lo que fue el
[firmamento.

16

De las ruinas de tus hilos dorados
Construyeron el Páramo de los Horrores,
A las afueras de la Ciudad
Donde la Muerte pronto acechaba,
Nadie más podía salir de *Aeteneb*.

Cuando el Sol aún salía
El hombre ya había perdido su virtud,
Aquellos regalos de su Creador
Habían sido olvidados
Revelando la guerra y el desdén.

Se cuenta que el Dios
Impotente en la naturaleza
Arrancó del cielo al Sol,
Y abandonó al hombre a su suerte,
Desde entonces jamás amaneció.

Se dice que, como último presagio
Aquel que fuera digno
De morir por sus errores,
De redimirse de la carne,
El pecado les sería perdonado.

17

No hay peor castigo para el hombre
Que la búsqueda de su respuesta,
La Muerte solo acecha a las afueras,
El sufrir y las cadenas
Arden de dolor en la Ciudad.

IV

Antes del todo, *Aeteneb* tenía otro nombre,
Cual fuese su gloria todos sabían cuál era.
Después, el olvido les quitó de la cabeza
Dos palabras aprenderían cada hombre:

Eterno, eterno como la Vida en este mundo.

Eterno, como las noches y el silencio de las

[bocas.

Oscuro, oscuro como el cielo en este mundo.

Oscuro, como las noches y los corazones del

[ser humano.¹

18

Se dice, también

Que el cruel tirano

Construyó una torre en el centro de la Ciudad

Hecha de acero y mármol.

Aquella estructura

A pie de la ciudad se veía,

Tan firme en su escultura,

Tan blasfema en su agonía.

Aquel lugar era vigía,

Para reprimir la esperanza de los pobres,

¹ *Aeteneb* es un juego de palabras en latín: *Aeternae* (eterno) y *Tenebris* (oscuridad).

Para borrar todo pensamiento
Solo a cumplir con la Ley.

V

19

Ay de aquel hombre
Que en fineza demuestre inteligencia,
Que a este mundo se viene a morir;
Solo el temor a morir se ha escrito,
Es la Ley proclamada de las almas.

¡Y qué si sus obras no dieron cosechas!
Al igual que mis hermanos me veo obligado
Bajo de la Ley aberrante
De unos cuantos que dictan la sentencia
Laureada de sangre y de venganza.

Mis hermanos y yo sabemos
Que más allá del Páramo nos espera la verdad,
Cruzando el Puente de los Huesos

Marcha el destino a su suerte,
Condenados son a la inexistencia.

Se enseña desde infantes
Que el trabajo y el sudor no valen la pena
Mas no hay otra cosa que esperar
O cometer el peor de los delitos,
Anhelar la libertad.

Mis hermanos y yo sabemos
Que nuestros padres nos contaron
Que el Sol nunca se ha ido,
Más allá del Páramo hay que buscarlo
Ante el Creador y sus desafiantes pruebas.

En el sueño no hay presión,
Es la libertad encerrada.
Taciturno en el trabajo,
Eufórico en la almohada y el descanso,
Lo único que no nos han arrebatado.

La Ley de *Aeteneb* no la escriben
Los sabios y los justos,
Pues confunden a justos por tontos
Y a sabios por insulsos.

Predigo yo, que estoy corriendo el riesgo;
Que de la torre de acero y mármol me observen
Escribir contra las Leyes absurdas,
Contra la Vida en *Aeteneb*.

LOS HIJOS QUE NO OBRAN

I

22

Aquella torre de acero y mármol,
Hecha en mil metros de altura,
Ochenta por cien metros de largo
Sobre el suelo de los mártires y los esclavos.

Si el hombre abonaba al crimen
De revelarse en contra del sistema
Los siete jueces de la verdad
Dictarán sentencia sobre su cuello.

Si el delito es menor,
Castigados serán por los cuatro primeros.
Sobre la base de la torre, hecha de mármol
Están marcados cada uno por los cuatro de
[sus principios.

Se ha enseñado, primeramente
No pensar en rebelarse,
Es la primera de sus Leyes;
La razón de su presente.

Secunda el principio
De no profesar acto de fe;
Más solo declararle lealtad
A la madre tirana.

La tercera de sus Leyes
Es no demostrar sapiencia,
Mas quien acceda a las ciencias
A recelo de *Aeteneb* lejos y al resguardo serán
[ocultados.

El cuarto de sus principios
Es que hijos y padres son iguales.
Los hijos son arrebatados a los siete ciclos de
[Vida
Y los padres que resistan lejos al olvido
[quedarían.

II

Si los delitos que se acusa fueran mayores
Los otros tres jueces con su sello aguardarían
A las alturas del recinto de acero
Esperan como buitres acechando a la víctima.

La quinta Ley enuncia
No hay justicia en los débiles,
Ni en los que son buenos y generosos,
El precio de sus Vidas es el mismo.

La sexta Ley revive
Al ojo por ojo de sangre,
Si es o no justificado
Los humanos son como animales.

La séptima Ley describe
Que salir de *Aeteneb* está prohibido,
Aquella pobre alma que lo intente
De pena capital será acabado.

III

Hijos de *Aeteneb* temerosos
Que no obran sobre su rodilla,
Las manos arden del carbón incrustado
Y los pies sangrantes de lodo y astilla.

Ellos nunca obrarán primero
Si no es por el mismo precio,
Cómo cortan frutos del limonero
Amargos son los días sin luz ni rezo.

Ingratos son a la Vida misma,
El gris se apoderó de su alma,
Entre la conciencia y lo humano dista,
El tomento será más que la calma.

Hombres de *Aeteneb* ignorantes;
Ya no piensan, ni viven,
Sus pasos son tan arrogantes
Sobre el suelo en que caminen.

Siempre habrá en la historia
Los caídos y los victoriosos,
Los del poder
O los de abajo.

Aeteneb, que vivió entre guerras
Dividió a nuestros ancestros;
Unos anhelando el poder y la gloria,
Otros solo esperar al futuro.

¿Y quiénes son los que esperaron la gloria?
Los que se les salieron de las manos,
Constituyeron a la tiranía
Y los demonios dominaron su mundo.

Los que se sentaron
Y no inmutados esperaron el futuro
Hoy son los caídos,
Los siervos del hombre mismo.

IV

En la Vida siempre habrá
Los que estén arriba
Y los que estén abajo,
Está prescrito.

Es doctrina de la Vida
Que todos tengan sed de poder;
Necesiten hacer riqueza
Sin importar cuánto sea el precio.

Los que estén abajo sentirán
Como en el agua, que se están ahogando.
Unos abandonan esperando el final,
Otros luchan por sobrevivir.

Uno a uno se observa como fiel oponente,
Porque en este mundo se sabe
Listo aquel que desconfíe,
Inútil aquel que les crea.

Ya no sueñan ni consuelan,
Todo es material y vano;
Caminan sin sentido ni dirección,
Y no les importa la Vida.

En *Aeteneb* también conviven
Los que aún creen y los infieles
Los que tienen convicción y los que no,
A todos he de decirles algo:

V

Deben escuchar
Que la naturaleza es tempestuosa,
Caprichosa y vivaz.

Así como se nace y se crece,
Se perdura y prospera,
Todo se derrumba y muere.

Escuchen atentos,
Que las cadenas de *Aeteneb* no son eternas,
Algún día todo cambiará.

Lloverán piedras y fuego,
Y la cruel tirana se desmoronará
Ladrillo por ladrillo.

Como todo sube y todo baja,
Los tiranos serán aplastados,
Y los del yugo serán redimidos.

Esperen fervorosos,
Que la naturaleza es sabia,
Sea cual sea llegará la expiración.

Tengan presente que son humanos,
Que la justicia es inamovible,
Que el bárbaro quedará derrocado.

VI

30
Pero hay algo que va más allá de lo terrenal,
Y es que cada hombre tiene alma,
Así como en este mundo
Inconscientemente se ven oprimidos.

Todos tienen a *Aeteneb* dentro
Que finge ser lo correcto y lo bueno
Y se ven esclavizados por su mente
Entre lo oscuro y lo eterno.

Son taciturnos
Callan su boca, solo respiran;
Envenenada su conciencia
Asimilan el rendirse.

No pueden hacer nada
Porque están paralizados,
Los pensamientos sublimes
Refuerzan las cadenas del castigo.

Al igual que la torre
Dentro de cada uno dominan
Los pensares que afligen a los hombres:
La soledad, la depresión,
La ansiedad
Y el miedo a morir.

31

Ustedes también sienten
Que están ciegos de Vida
Han perdido el Sol y la luz
Su convicción les ha abandonado.

Tristemente no hay manera
Mas que la propia resiliencia
Forje el carácter de renacer;
Y no culpen al que procrastina
En este mundo se desconfía
Y no hay quien ayude.

VII

Los demonios atañen
Debajo de su almohada,
Los tormentos son pocos
Y las lágrimas son muchas.

Lloran sin consuelo
Abrazando la almohada.
Sin afán del ruido, enmudecen
Nadie los escucha ni los mira.

Sienten que los días ya no son los mismos,
Que esto es pasajero,
Esperando simplemente
A que la Muerte llegue pronto.

Procrastinan pensando que hay mañana
Y al ver oscuridad se rinden;
Pensamientos y acciones son cizaña
De los buenos días que los inhiben.

Hermanos míos
Que la soledad los ha acompañado,
Los acoraza en el vientre de la nada
Nunca se rendirán porque son humanos.

Dentro de ustedes está la respuesta,
Les deprime y los hace incomprensibles;
Porque incluso el tirano ha podido
Gobernar desde sus almas.

No caigan en sumisión,
Latente el corazón que arde,
Cuando tiene convicción
De abandonar lo monótono.

Hallen el Sol pues,
Lejos, fuera de *Aeteneb*
Fuera de lo terrenal
En el interior de sí mismos.

Busquen el calor de un abrazo
Tiendan y reciban la mano de su hermano,
Busquen y den apoyo en un hombro
Que es de humanos sufrir así.

Aunque no haya Sol en el firmamento
El rostro del niño en brazos brilla,
El de la madre que cuida
Y el hombre que cincela.

Amen en la tempestad,
Que es un juramento inquebrantable;
Pocos estarán al lado suyo
A pesar de las adversidades.

Busquen un refugio
En el aliento del viento,
En la brisa suave de las nubes,
En el calor de la vela perpetua.

El mundo puede ser cruel,
Injusto y derrumbarse.
El espíritu del hombre ¡Jamás!
El alma es tenaz.

Valiente aquel que cruce el Puente de los
[Huesos

Y cruce el Páramo de los Horrores;
La Muerte acecha al que la espera,
La prueba del Creador aguarda
En el camino tempestuoso.
Caminen, corran... ¡corran! Hasta las colinas
[más allá del bosque
Y sientan en sus pies las arenas de la Vida
En el océano de la sabiduría,
En la barca hacia la libertad.

LAÍN

I

36

Nací con las arenas del tiempo,
Como el Sol que nacía al alba
Y sus rayos coloreaban al cielo.

Nací en el seno del capricho
Sobre las rocas tormentosas,
Que golpetea con su aliento el viento.

Nací del dolor de un vientre,
De la carne que sangra
De la piel desnuda que siente.

Nací del padre desventurado
Que antes de mí vivió en otro suelo,
Y retomó en los labios su pasado.

Nací con el vuelo de las aves,
Sobre el viento que mueve,
Navegando en una barca los mares.

II

No hay mucho que contar de esta, mi Vida.
Crecí como muchos, pobremente al asedio
[del látigo.

Amé como todo niño a mis padres,
Llevando con gran cariño a mi madre
Quien cargaba de mí en sus brazos
Alimentando con el último mendrugo
Mientras mi padre con frente carbonosa
Y manos desgastadas la abrazaba.

Nunca comprendí el dolor
Cuando los veía al final de la jornada;
Meditando ante la luz de una lámpara de aceite,
Temerosos de la Ley Infecunda.

Nunca comprendí el dolor
Hasta que un día sin anuncio
Mi padre, de las minas jamás volvió.

Yo y mi madre nos teníamos el uno al otro,
No había donde esconderse.
Pronto llegaría el momento, a los siete ciclos
[de Vida
En que los *Hombres del látigo*, provenientes
[de la torre
Por sorpresa tomarían a la siguiente víctima.

Las mujeres viudas al no tener protección
Si tenían hijos correrían del desastre,
Los hijos son llevados ante la torre
A ser torturados con la doctrina.
El segundo juez, en contra de la fe
Decidiría sobre los hombros del infante
Qué carga tendrán el resto de sus Vidas.

A unos corriendo con el mejor de los destinos
Serán designados al *Minister*

Ahí corresponderían a servir
A los tiranos que administran la Ley.
Otros menos afortunados
Aprenderán con sus manos a obrar la tierra;
Pues serían los encargados de sembrar y cosechar
Los pocos alimentos que florecen
A pesar de no tener Sol.

Los más desgraciados
Son aquellos que se designan
A trabajar en las minas —como mi padre;
O a obrar para hacer el aceite, las velas
O cualquier otra cosa que genere energía para
[no estar a oscuras.
Tristemente obran para hacer la luz
Pero, la luz de Vida,
Al final, les han arrancado.

Fuera por cuestión del destino
Que a mí me han perdonado
Pues se sabe que en las minas se va a morir

Tarde que temprano, con un final horrible.
Me ha dejado tentar con mis manos
La posibilidad de tomar la tierra
Y así alimentar con sus frutos.

III

Los siguientes siete ciclos servirán
Para borrarnos lo que es bueno y malo,
Tenemos que aprender que no hay más allá
[del Páramo de los Horrores
Ni Vida fuera de *Aeteneb*.
Que el tirano es el bueno y su mano la salvación,
No sirve si las hojas secas se caen del árbol,
Da igual si un río se seca,
Si los frutos son amargos,
Nada, en absoluto tiene sentido.

No hay luz, ni siquiera se menciona
Porque nadie la ha visto,
Tal vez la entendamos al encender una vela

Mas no tiene significado.
Aunque ilumina
Su calor pobremente abraza
Cuando hoy, la tristeza nos abruma
Y lo que nos hace humanos nos abandona.

41

A los catorce ciclos de Vida
Cada uno con el peso de sus hombros
Es llevado a cuestas a su destino,
Unos con pluma y cuaderno para el *Minister*,
Otros con sacos y semillas al campo;
Los desafortunados con palas y picos.

Las presiones de no equivocarse
Son tan enervantes
Que ciegan a aquellos que son débiles,
Y aunque las manos sangren
O los pies tengan llagas
El dolor es menos cuando se sabe,
Que si no se obra su destino es morir
En las profundidades de la torre de acero y
[mármol.

IV

Pocos hablan de esas profundidades
Nunca nadie ha salido de ahí,
Ahí también esperan los terrores, y la Muerte
[lenta.

Es tan terrible lo que comentan
Que no se imaginan estar ahí,
Y cada segundo que pasa en esta amarga Vida
Una triste alma termina sus días allí.

La euforia y el éxtasis eriza la piel,
Sentir tan cerca a los *Hombres del látigo*
[aproximarse;
Uno nunca sabrá si el más cercano tiene los
[días contados,
O uno será el próximo en sufrir.

A mis veintisiete ciclos de Vida
El polvo y las heridas cubren mis manos,
Aún sigo labrando la tierra

Y plantando las semillas de los extraños frutos
Que crecen en la oscuridad y son amargos.

Al principio las plantaba con amor,
Pensando en nutrir al valiente que se atreva a
[cruzar el Páramo de los Horrores,
Dándoles un aliento de esperanza a mis
[hermanos.

Pero al pasar el tiempo,
Que he crecido y he cambiado
Comencé a abandonar la idea
De que en algún momento
El hombre despertaría.

Cada día es igual
Levantas las cobijas viejas y tu almohada,
Te pones los viejos zapatos
E intentas pasar tu hambre con un pedazo
[de pan,
Tan duro más que el hambre misma,
Para ir un día a los campos a sembrar,

A cosechar, y otros días hacer otras actividades
Como remendar y fabricar, con pocas fibras y
[pieles, ropa y zapatos para todos.

44

Al pasar el tiempo
Entiendes que la monotonía es buena
Si no se preocupa por el mañana o las dolencias
Lo que queda de la Vida será llevable;
Y aunque los *Hombres del látigo* o los *Minister*
Se ataquen los unos a los otros,
Se lleven a inocentes a la torre de acero
[y mármol

Da igual,
Se nace, se vive y se muere.

Solo basta con esperar
Hasta que pasen los ciclos,
De que algún día moriremos,
Y no hay nada de nosotros
Que quede en este mundo.

V

Pero tal vez mi resignación sea pronta
El azar me hizo la mala jornada
Y es que cada hombre debe cumplir con sus
[actividades en cantidad.

45

Desde hace semanas que no lo he logrado,
Mis manos no curan las heridas
Y aunque pienso suprimirlo
Me rindo a continuar.

Ahora la conmoción va más allá,
Soy el elegido de la desdicha.
Tomado por los *Hombres del látigo*
Atado con la cuerda de su justicia,
Hincado sobre la carreta de los condenados
Como un cortejo victorioso
Que le hace honor al tirano
Rumbo a la torre de acero y mármol.

La respiración se acorta,
Aunque esa misma monotonía me inmuta
El conformarme me paraliza,
En el interior tengo presente
Que no hay salida,
El final llegará pronto.

El camino hacia el recinto de la madre tirana
Es tortuoso y eterno,
Me han mencionado que por mi acto
De no ser fértil para obrar
Soy obsoleto y “serviré de otra manera” .

A todos los que van les dicen lo mismo
Mentira o no, todos saben
Que el hombre que ahora es inútil
A la tortura y la Muerte lenta solo servirá.

VI

Hoy no me ha acompañado la suerte
Pues las nubes han oscurecido más el cielo,
Como una presunción de la tragedia
Una tormenta se aproximaba.

En el filo de la rueda
Se deslizaban las gotas que caían,
Los amantes del látigo apresuraban
Antes que el lodo pronto se formará.
El fugaz destino cambiaba su rumbo,
Del camino a la torre
Las piedras y el musgo
Se habían mezclado en un peligroso paraje.

Benditas las bonanzas de las nubes
Que conocen de ira y no perdonan,
Acaudaladas de furia contrastan
Sus rayos sobre el suelo,
Y un árbol partido en pedazos
Entre llamas va sobre quien dirige el cortejo.

Las ruedas se desmoronan
Y los tiranos inconscientes sobre el lodo yacen,
Mientras el fuego aluza que hay un accidente,
El cantar de la venganza también llueve
A vengar a los heridos.

La realidad de la enseñanza
Es que abstenerse de huir se aplica,
Mientras el granizo mitiga la llama
Una señal en mi interior se enciende.
De las dos maneras se va a lo mismo,
Morir atrapado y torturado
O morir intentando.

Se ha vencido el juego
Y las heridas de mis pies ceden
Porque saben que aún hay tiempo
De intentar, aunque no se haga mucho.

Entre los árboles que quedan me oculto,
A mordazas cortas se desatan los nudos,

El corazón tribula y no reniega
Que debo correr lo más que pueda,
Sintiendo los pasos del tirano
Y los gritos clamando que mi alma regrese,
Los pasos que dé son más tortura
Si ahora he de rendirme.

49

No hay dirección ni concilio,
Ni en mí, ni en lo que está pasando.
Por un momento veo transitar mi Vida,
Buscando arrepentirme y después regreso.
Cada paso es un infinito albor
Del castigo que ha de esperar
Pero la convicción en mí ha nacido,
Por primera vez anhelando ser libre.

La lluvia es incesante,
Pareciese ser más intensa mientras me alejo,
Vagando entre campos que no conocía,
Después de tantas pisadas
Me encuentro con algo alentador.

En el muro se lee:

“El peor de los castigos será a quien cruce esta

[entrada,

No existirá jamás, ¡No se regresa jamás!”.

La tormenta acechaba con desastre,

Pues ningún vigía salía

A rondar por los lugares,

Solo los faros desde unos metros

Que intentaban traspasar la lluvia

Esperando encontrar movimiento.

Estúpidamente me detuve

A pensar si era buena idea,

¿Qué haría si lo intentara?

¿A dónde iría si no queda nada?

Cuando el ensordecedor llamado

De una sirena y los tiranos

Ordenaban que me detuviera

Mientras se acercaban,

Pues la lluvia poco a poco iba cesando.

A decorative horizontal brushstroke graphic consisting of several overlapping strokes in shades of grey and a muted red color, positioned behind the text.

Parte **II**



EL PÁRAMO DE LOS HORRORES

I

La duda sobrepone,
La incertidumbre a lo nuevo cuestiona,
Qué tanto valdrá la pena dejarlo todo:
A lo que llamo Vida,
Y a mi madre.

Pero el momento más glorioso
Es que los labios resecos,
Con rabia la verdad golpea el pecho,
Respirando lentamente
Se toma la decisión más importante.

Ni las cadenas que sujetan la reja
Son tan fuertes como mi decisión.
Las tiro al suelo mientras sacudo la puerta,

Libremente a mi paso se despeja,
El Puente de los Huesos me espera.

54
Mis pies se desesperan pensando que vuelan,
Los pedruscos del suelo oprimen mis plantas.
El detone de las armas ensordece los oídos,
Y las balas trazan mis pisadas sin poderme

[alcanzar.

La neblina se hacía más presente,
El Puente de los Huesos se acaba;
Y el destino que tanto se predica
En mí estaba comenzando.
Los infames *Hombres del látigo* no la cruzan,
Se atemorizan de lo que se oculta
Entre las sombras
Del Páramo de los Horrores.

II

Los mártires que defendieron
Lo que antes existía
Descansan penando en aquel lugar.
Sus huesos al descubierto
Se dispersan entre los escombros.

El Páramo de los Horrores
Como su nombre ha descrito
Que amuralla la ciudad
Con el grotesco acto de su historia.

Nadie, ni los *Hombres del Látigo*
Rondan por ese lugar,
Pues, aunque solo yacen las almas inocentes
También camina a lo que más le temen.

Envuelto en la neblina que se adhiere
El pensar arrepentirme se hace presente,

No cruzar ese lugar mi vista sugiere
Aunque el miedo en mí está ausente.

56
Diviso a lo lejos
En el rondar de las sombras,
Sutiles siluetas de las rocas que saltan.
Y en el fondo una mujer de fino traje,
De ojos azules y piel blanca,
Sus labios carmesíes se observaban,
Sentada entre las ruinas me veía,
Era la Muerte misma.

III

Llenase en mí el escalofrío,
El frío que nacía eriza mi piel.
Y la mujer con ojos penetrantes
Sin decir nada pedía que me acercara.

El suelo se enmarañaba
De piedras y de astillas,
Afiladas dolían en mis pies,
Mientras rendido caía
Arrastrándome hasta llegar a sus pies.

57

El frío se hizo creciente,
Mientras el silencio se apoderaba;
La neblina se esparcía;
Aquella mujer mi barbilla tomaría.

Mirándome a los ojos sentía,
Pues la Muerte no habla con humanos,
Susurra en la naturaleza.

Quién es más que la Vida misma,
La que nace y se transforma,
Da regalos de seres vivos
Y las guarda con recelo en sus manos.

Nadie la busca ni la espera.
Pero la Vida es morir también,
Aunque los huesos queden
La memoria perdura.

Tal vez a la Vida nadie la comprenda.
Es tal complejidad
Que no entendemos,
Quizá no vemos con los mismos ojos
Que la estancia es una en este mundo.

Nacemos del dolor de una madre
Y ella cuida nuestros pasos,
Crecemos caminando en su naturaleza,
Vivimos y amamos con los nuestros
Hasta llegar el día en que todo acabe.

Una lágrima se deslizaba en mi mejilla,
Pues no sabía qué hacer.
El miedo a morir me recordaba
Que ahora en adelante nada quedaba.

IV

Si todas las noches aterrado
Pensaba el momento final de mi Vida,
Que puede hacer,
Que pude haber ganado,
El fracaso y la impotencia
Consortes míos me encadenaban.

59

Así estos ciclos se hicieron cotidianos;
Ya no tenía caso sembrar las semillas con
[cuidado,
Todo ha de morir en esta tierra,
Yo, mis hermanos, *Aeteneb*
El Sol, la Luna,
El universo mismo.

Algún día las velas se apagarán,
El tiempo se detendrá,
Es inevitable.
Pensar que ese día llegará sin avisar

Tenderá a mis problemas
Aferrarme en principio,
Infundirme ese pensamiento.

60

Unos la reciben en la enfermedad,
Otros en la soledad y la tristeza.
Tal vez a algunos les sorprende,
Repentinamente dejan de existir.

La naturaleza tiene un orden
Y todos estamos marcados
Con un tiempo y una etiqueta,
No tenemos por qué luchar.

Pero la Vida o la Muerte también son sabias,
Pues conocen el precio de nuestros pasos,
Algunos llegarán arrastrándose arrepentidos,
Quizá otros felizmente aceptarán su partida.

V

No deben temer —la Muerte susurra
Es sabia y sabe lo que somos,
Que no hay mejor manera
Que vivir con lo que se nos ha dado.

61

Sostiene mi mejilla y observa
Que estoy aprendiendo,
Que cada segundo vale
Y los actos cuentan.

Cada ciclo que pasa
Se nos hace dignos.
Las arrugas cuentan lo felices o infelices que
[somos,
El corazón arde de latir con los segundos,
Que el tiempo pasa y las canas se hacen
[presentes.

Algún día moriremos, claro está,
Pero pensar en ese día acorta nuestra razón
Y morimos en la esperanza.
Mientras no amamos
Ni gozamos,
Ni contemplamos la grandeza de vivir
Representa estar vacío y llano.

Tampoco esperar a que ese día llegue
Es no sentir que existimos,
Ni la invitamos cortésmente
A las cuentas que tendremos que rendir.
Mientras amemos
Sabemos que el cariño es algo fuerte,
El dolor cegará cuando pronto nos juzgue,
El perdón y el recuerdo nos absolverán de
[ese juicio.

En *Aeteneb*, como en todos los lugares,
No saben que ante ella somos iguales
Y la hora en que llegue aguardará en silencio,

Entre la neblina sentada en las rocas.
Cuando en nuestro lecho se apague
Hemos de estar preparados
Caminando por el Páramo de los Horrores
Mientras nos llama sin decir una palabra.

63

VI

Sus ojos penetrantes son jueces
Pues ven pasar nuestra Vida en un instante,
Nadie la espera y es imparcial,
Sabia y poderosa.
Mientras el hombre sirva a arrebatar el aliento
[de otros
Su precio será más que venir arrastrándose.

No teman, que la Vida es generosa.
Que después del todo la razón queda,
La carne y el dolor no existirán,
La virtud y la razón serán nuestra instancia.

Aguarden hermanos míos,
Que el tiempo es justo
Y la deuda de los tiranos llegará.
Incrédulos son que no saben,
Nada material es eterno,
Ni sus Leyes y decretos.

Atentos pues, que la mujer les susurra
Y el rayo de sol aparcará el cielo
Apuntará hacia la torre
Y todo lo que conocemos será distinto.
Vendrán los días cortos del tormento
Y vengarán ellos con su sangre en vano.
Mas la verdad es única
Y su mentira se desmorona.

Pero también me ha visto distinto,
Sus frías manos congelan mi rostro
Comienzo a temblar
Mientras sujeta mi barbilla,

Sé que mi momento ha llegado,
Cierro los ojos.

Tensa mi boca mientras se aproxima a mis oídos.
Intento abrir mis ojos,
Mas de nuevo el temor retorna
Y la respiración se acorta,
Ha decidido soltar mi rostro.
Es sabia y justa
Porque sabe que he cometido el peor de los
[pecados,
Así no es como termina.

Vuelve a mirarme, mientras señala al bosque
Sus frías manos señalan un camino
Y una revelación se me ha dado.
Morir solo, lejos al exilio
En la búsqueda de mi razón,
Susurra nuevamente el viento
Y las hojas secas del Páramo llevan al camino.

VII

66

—Señora mía, poderosa jueza ¿Qué sirvo yo,
[que ante la nada he de morir? —preguntaba.
Mientras las hojas secas del páramo me
[arrastraban,
Susurrando con el aire el silbido de la sentencia
Y la cruda mirada de la honorable se cruzaba
Alzando el dedo señalaba el camino.

—¡Piedad, Señora mía! No he sido un noble
hijo, el exilio me atormenta peor que en el
[encierro —decía.
Mientras las hojas secas del páramo forcejeaban
Entre mis pies y el polvo que cubría el suelo
Y los fríos ojos de su juicio delataban
Alzando el dedo señalaba nuevamente.

—¡Ruego a usted, sabia y justa! En su benévolo
destino, piedad y clemencia, dejarme morir en
este momento, que cobardemente no afronto la
[sentencia fuera de *Aeteneb* —suplicaba.

Y la calma paciencia se llenase de horror,
Pues la ir de la Muerte se provocaba.
Puesta en pie soplab a albor de mi principio
De la verdad sobre el resto de mi Vida.
Y el fuerte viento caudaloso azotaba.
Arrastrado a mi suerte conduc a mitad del
[bosque,
A mitad de la nada.

Hallndome en la cuna de una caliza
Y el cansancio bajo las sombras del bosque,
Las ramas eran mi cobijo,
El sueño en mi conciencia ganaba,
El tributo de la Muerte se había entregado.

Mis pies se entumescen
Con el frío de la noche eterna,
Divino Creador
Alediah me consuela
En el sueño profundo
Del pan sin hambre
De un mendigo.

VIII

68
Del céfiro trinaban danzantes
Aguas puras de cristales púrpuras
Y el león que rugía
Con su espada en mano cortaba el cielo.

Glorioso el empíreo avenir
Y su égida chocaba,
Mientras los rayos penetraban
De las garras del tirano yacía.

Y la gloria de sus mil nombres
Los hombres repetían
Los cantos que clamaban guerra
Del celeste mar del cielo que caía.

¡*Aeteneb* caerá!
Gritaban los infieles,
Y las huestes de la destrucción
Finalmente hacían guerra.

Mas la acogida de superstición
Y los cantares de la guerra
Producto de mi crimen permeaban,
Lejos en llamas la ciudad veía.

69

El goteo de las aguas en las hojas
Del árbol donde dormía rendidamente
Despertaste de fuga de la visión que esperaba
O de una alucinación contradicha.

IX

La realidad vuelca crédulamente
En superstición de una agonía
Y las lágrimas brotaban desde el seno
De una angustia de tormento.

Los pensamientos apabullan
Y la cresta de lo firme se quebranta
Con las uñas de la locura,
Un espeso y solitario bosque queda.

Ni la Muerte concilia mi existencia,
En el ventanal de mis acciones
Me empaña la desesperación inverosímil,
Con un grito fuerte en alma mi boca calla.

Detrás de esta puerta me he parado,
Temeroso y desvalido en mi esencia
Ahora lo he perdido todo,
Absolutamente todo.

Pues las sombras entre los árboles me observan
Construir murallas en mi pensamiento,
Mi prisión la desesperación
Exhalando siempre arrepentimiento.

Mas el silbar de los azores que no duermen
Se consuelan con el arpa de sus cantos,
En el crespón del Sol que se quedan,
En el camino del sirope que beben.

Y el luminar de los cristales
Que se fundieron de la arena

Regados sobre el suelo conducían
Fuera del oasis de la perdición.

El viento vuelto a soplar
Recitaba un camino largo
Un viaje de concilio.

71

Pero la noche era más clara,
Que la Luna brillaba, a pesar de los gruesos
[tejidos de las ramas
Y el dulce cantar de las aves
Que pernoctan danzantes
Honraban a las estrellas
Con las nubes despejadas.

Los cristales brillaban
Aún más cuando aproximaba
Del camino que tenía que seguir.
Poco a poco los árboles cedían
Como polvo de un viejo estante
Y la humedad que se secaba.

El cielo despejado estaba
Aunque en mi mente acosada de mi pasado
Permitía ver lo que nadie más podía,
Una noche clara
Una Luna que brillaba,
Las estrellas titilando.

El Páramo de los Horrores se acababa,
La absolución no llegaba,
Y los ecos de mis errores me encadenaban
Al dolor del espíritu.
Mientras pisaba y dejaba huella
En las arenas frías y soladas
Del desierto frente a mí.

EL DESIERTO

I

73

Y pasaba el tiempo,
Mis huellas marcaban el camino errante,
Me arrastraba miserablemente
En el azote del frío desierto.

Y el soplo de la arena
Resfriaba mi piel,
Mi rostro y mis labios se hidrataban
Con cada lágrima que salía.

¡*Alediah, Alediah!* —gritaba a mi Dios,
¡No me abandones!
¡*Alediah, Alediah!*
¡Lo he perdido todo!

Arrodillado miraba al cielo
En busca de respuesta pronta;
Mas el eco de mis palabras resultaba
Con la soledad del espacio creciente.

Salerosas las arenas queman la piel
Del frío hielo permuta hacia la nada,
Un puño de esta áspera benevolencia
Lanzada al cielo contra el Creador.

La súplica se convertía en rabia
Iracundo la arena empolvaba,
Mis sienes de cansancio exaltan
Desesperado grito hacia la nada.

II

Y ese arrastre de la pesadez
Me tiene asolado;
Aunque el frío y árido andar
Vencía la búsqueda primera.

De nada servía haber salido
De *Aeteneb* y su castigo.
En el camino de mi sentencia
Donde la Muerte no me adhiere.

Ni el vilo de la Vida
En el péndulo del pensar
Errantes las huellas
Y las dunas que se mueven que las borran.
De rodillas nuevamente arrastrado
Con la misma rabia contra el Creador,
El enojo y la impotencia me ciega,
En mi perdición rendido estoy.

La voluntad deleznable
Del hijo rebelde que huye
En el camino de una promesa
De buscar el Sol
Cuando no queda nada,
Y se ha perdido, como todo lo que más se
[quería
Descrisma mis fuerzas con el pasado.

La somnolencia del acto
Con el cerrar de mis ojos
Vista a lo lejos que una mujer camina entre
[las dunas

76

Con lento andar denota vejez
Puesta de harapos, apoyándose de un bastón.
Aquella mujer del Páramo de los Horrores
Había envejecido; después de todo la Muerte
Se había convertido en la Vida misma.

III

—No hay voluntad en el hombre, ni fe en su
[Creador —pronunciaba.
Dime, ¿Por qué solo buscan morir sin
[entender por qué viven?

La voz reseca de la mujer dominase aquel lugar,
El eco de una pequeña cueva y el calor de una
[fogata

Amenizaban la decepcionante voz de la anciana;
Por primera vez me hablaba.

El zigzagueo de la llama y el calor que
[transmitía
La vieja mujer con trabajo respiraba;
Un exhalo le bastó, mientras comenzaba a
[narrar...

77

IV

Hace mucho tiempo, mucho antes que los
[primeros escritos,
Cuando la Diosa de la Sabiduría Elemental por
amor al Creador se convirtió en el árbol del
[orden universal,
Existían los primeros humanos jarrón; hechos de
[arcilla, pero vacíos por dentro.
De sus primeras bondades vivían dos nobles
[hermanos, Sagit y Telios.

*Los dos hermanos eran fieles guerreros al Creador
Se amaban en hermandad, pues la maldad
[siempre ha rondado en el universo
Ya que de pequeños habían quedado huérfanos.
Uno era ágil, dirigiendo a los arqueros de Nehim
Y el otro con su espada abría paso a la victoria.*

*Un día en Nehim, las fuerzas oscuras perturbaron
[a los nuevos hombres hasta corromperlos.
Unos a otros se destruían, por poder, gloria y
[venganza.*

*Los hombres jarrón se rompían hasta quedar
[hechos polvo, para luego dejar de existir.
Pero Sagit y Telios habían hecho una promesa al
[Creador*

*Y con firmeza en su voluntad, la maldad no les
[permeaba,*

*Lucharon por siglos contra aquello
Hasta que un día Telios, herido de Muerte,
convirtiéndose en polvo, cayó a los brazos de su
[hermano.*

V

*Con un dolor y eclipsado por el acto,
Sagit, desconsolado, guardó en un saco los restos
de la arcilla hecha polvo, vagando eternamente
[fuera de Nehim.*

*Ya no tenía sentido existir, bajo los pedazos de
[la destrucción vivía
El dolor se hacía más grande, pues sabía que
[una vez hecho polvo se dejaba de existir.
El hombre jarrón caminaba y crecía, pero el
tiempo no le hacía ningún efecto, no existía la
[vejez.*

*El Creador observaba que, a pesar de su
[desgracia, aquel hijo seguía siendo fiel,
Y en su jornada errante decidió llamarle:
“¡Sagit, hijo mío, te he visto vagar!; has sufrido
tanto, pero he visto la resiliencia, y a pesar de
todo has sido fiel a mi sabiduría” —soplaba
[desde el cielo.*

“¿Qué he sido más que un hijo obediente? He tratado de maldecir a los que hirieron a mi hermano, mas sé que tu designio es justo...

Amado Creador, otórgame la paz de volver a

[verle] —pronunciaba Sagit.

Pero la Ley Universal prohibía que, de la inexistencia un hombre volviera a revivir, así que el Creador dijo: “Has pagado el luto y tu

[amor por el tuyo me ha conmovido.”

E hizo surgir delante de él un manantial de aguas oscuras donde la Luna se reflejaba.

—“¡Nombrarle como la noche!, Na’ck, y el

[manantial, Mhand; llamarle Na’ckmande.

Sopla el polvo de la arcilla, que yo crearé su recuerdo en una manta de luz de Luna, que

[nadie en este universo podrá tocar.”

Y Sagit esparció la arcilla sobre el manantial, y el Creador dijo: —“Y a los hombres que vivan en su sabiduría y en amor a mí y hacia su prójimo, hacerles beber o remojar sobre estas aguas” —mientras, detrás de él brotaba otro

manantial, este era de aguas claras donde el Sol se reflejaba —“Y nombrarle como el día, Karhem, y el manantial, Mhand; llamarle Kharimande... ¡Sagit, sumérgete en sus aguas y renace! Que los hombres que lo hagan y su descendencia tengan esa manta, de luz de Sol, que nadie en este
[universo podrá tocar.”

—“Lllamarle a esta manta *Almae*
Que yo les daré a cada uno de los tuyos,
Pues ya no estarán hechos de arcilla, sino de polvo
[de oro
Y su *Almae* se las cambiaré por el vacío de sus
[cuerpos” —hablaba el Creador.

Y *Sagit* recibió el regalo del Creador, un *Alma*.
Y vio que, de las aguas oscuras, una silueta
[emergía de ellas;
Era *Telios*.

La manta de luz de Luna no era corpórea, más bien era una energía pura que se transformaba. Y

los hombres empezaban a sentir que ese vacío se
[ocupaba.

82

VI

Pero el Equilibrio Universal tendría que
[mantenerse,
Y ningún ser podría quedarse con la manta de Sol
eternamente, tenía que transformarse en un
[continuo ciclo como el día y la noche.
Al llegar el ocaso de un aprendizaje esa alma tenía
que transformarse en una manta de Luna para
renacer de las aguas del Gran Equilibrio y volver
[una y otra vez a ser del Sol y luego de la Luna.

El Creador, de las rocas de jade, tomó dos
Y asignó sus nuevas virtudes a un ave de hermosas
[plumas
Cuyas alas hechas de rubíes, cual fuego,
[alumbraban el día,

Y en la noche cargaba en sus sienes los laureles
[bañados de estrellas que se esparcían
Transformándose en una hermosa mujer.

Aquella mujer era la portadora de todo lo que ha
[de cumplir su ciclo,
La Vida se había creado;
Y no puede existir sola en el Universo,
La Muerte debía acompañarla.

La mujer fabricó con sus manos dos cántaros
Uno de cuarzo tan lustre y dorado
Tomando de las aguas del Kharimande;
Otro de obsidiana, oscuro y brillante
Y tomó de las aguas del Na'ckmande.

A los hombres heridos corpóreamente,
A quienes necesitaban también consuelo en su
[espíritu y no se hallasen
Recibían las aguas del Khariamnde y su alma
[sentía alivio,

Un despertar de esperanza y voluntad en su

[conciencia.

A los hombres heridos de gravedad,

Con dolencia, y a aquellos que han cumplido su

[ciclo en este mundo

Recibían las aguas del Na'ckmande para

[transformar su alma en una manta de Luna.

Su cuerpo dejaba toda dolencia, pues no lo

[necesitaban

Ahora en energía pura, trascendían

Morían bajo la Ley del Creador.

Morir, dulcemente era el acto más bello e

[importante

Para renacer nuevamente y transformar el alma,

La Muerte era indolora,

El cuerpo era algo más material,

Un medio, mas no la realidad

Del primer regalo que el Universo les dio a sus

[hijos.

*No puede existir Vida sin morir
Pues es lo mismo
Transformarse es un continuo ciclo
Como las estaciones cambian;
Después de la vejez y el gran camino de una
[transformación
Renaces en una nueva lección a cumplir.*

*No es culpa de aquellos que han perturbado el
[equilibrio
Sino aquellos que se doblan ante lo mundano y
[sin sentido,
Y usaron la Muerte a su favor, para quitarle la
[vitalidad a la enseñanza
El cuerpo se convirtió en carne y sangre, y el oro
[se fue extinguiendo.*

*Las armas se forjaron a crestas de la carne
Y el fuego ardía en el carbón
El orgullo, la envidia y la traición
Sumergen las blandas espadas*

De aquellos que juzgan con Muerte en el nombre

[de la Vida.

Pero el Creador, como en todos los tiempos

Que ha tenido ira contra el hombre,

Ama a aquellos del bien equilibrado

Y la Vida dichosa les ensalza

También ama a los que dudan.

86

VII

La anciana cogía con sus manos dentro de sus

[vestiduras,

Cerrando los ojos y con un tono más dulce,

Entre pausas terminaba la lectura

Hasta, nuevamente, un suspiro finaba la hazaña.

—¡Laín, hijo de *Aeteneb!* ¿Aún sigues dudando?

Por qué tu ventura se corrompe, como el flujo

[del río cuando las piedras le acarrean.

Hijo mío, la Vida no debita ni consigna
Los lienzos son perfectos
Aún si la tela se rasga de dolencias,
Se sacrifica el bien por otro hilo,
Y si se enmaraña cuando el porvenir es incierto
[—decía.

87

¡No tiene sentido lo que hago! —exclamaba.
Si mi Vida fuese un río, sería aquel que se
[encoge cuando el cardumen pasa,
Pero se dilata cuando las rocas se cruzan y se
[ensañan

En un maldito torbellino
De confusión y negligencia.

Si mi Vida fuese un lienzo
Sus tejidos serían borrascosos
Hasta el más grueso hilo se rompería
Y los mosaicos bordados de mis pasos
Arruinarían el divino plan de la Vida.

—¿Por qué reniegas de los preciosos regalos
[que te da la Vida? —replicaba—

Insolado y corrompido está tu espíritu,

No se conecta con tu alma.

Tu tormento no solo aflige,

Te corroe y te consume desde el interior.

—¡Lo he perdido todo!

He traicionado a los que amo, a mi madre.

¡Mi madre ha perecido por lo que hice!

Estoy solo en este mundo,

Lejos del castigo del hombre

Pero en mi castigo interno —contestaba.

Pronunciaba todo lo que mi alma contenía

Y las lágrimas brotaban incesantes;

Yo que no he aceptado

Siquiera una noche, conciliar el descanso,

Mi traición y abandono son mis pesares,

La soledad me destruye, porque es el precio de

[mi atrevimiento.

—Me has castigado enviándome al crudo
[desierto,
Y aunque el cielo claro de una hermosa Luna
[me consigna
¡Solo estoy... perdido y vagando!
Como un viajero pesando sobre sus hombros
No solo mi culpa, si no la de mis ancestros que
[han muerto en el intento —exclamaba.

No es que sea castigo.
Mas el desierto de tus pensamientos
Y el conflicto de tu alma que no negocia.
Si has sido enviado aquí
Es para buscar al Sol,
Pero no lo encontrarás
Si es que no sientes que portas la luz
[internamente,
Aquel perdón que buscas,
Aquella paz que necesitas —pronunciaba la
[anciana.

VIII

90

La anciana despertaba un furor en su rostro,
Con anticipo de verdad que clamaba,
La única verdad que necesitaba, sin más palabras
De un tiempo que habría de venir.

Pero recordaba la tragedia
Que dentro mío no habría duda.
Como un monstruo que oprime el corazón
Me hace rendir al desespero.

Me ha visto nuevamente
Con sus ojos de templanza;
Esta vez llenos de bondad y de dulzura,
Con una sonrisa ligera
Y en pocas palabras decía:

*—He que eres testigo de la Vida,
Y yo que soy piadosa
Pues jueza soy de lo que vive y se tiene,*

*Que estoy detrás del hombre afligido
Que busca consuelo y no lo encuentra
Viniendo a anunciarles la buena nueva.*

Y de sus vestiduras sacaba un pequeño cántaro
Envuelto entre las telas rasgadas,
Con un tapón hecho de piel,
Que parecía contener agua.

—*He que otros como tú
Se han perdido buscando;
Mas la jueza de la Vida te ha visto
Que tu propósito es encontrarte,
Recibe las aguas del manantial de Vida;
¡Resigna tu historia!
¡Resigna tus errores!*

*Aún falta recorrer el resto del desierto,
Tus pies sangrantes serán sanados,
Tus ojos serán abiertos
Para ser testigo de la luz del Sol que no se ha ido.*

Prosiguiendo comenzaba el lavatorio
Y los pies descalzos descansaban,
El bautizo en la frente liberaba
Una paz intranquila me absorbía.

El suspiro del descanso,
Del conflicto pertinaz cedía,
A una paz que iluminaba,
En la nueva verdad que presentaba.

*—¡Tienes que descansar! —exclamaba la Vida,
El tornasol del cielo
Acompañará tu victoria,
La epifanía se presenta...
¡Debes prestar atención!*

El preámbulo de sus palabras
Introducida al subconsciente,
La pugna de la búsqueda
Y la razón que bosqueja.

Sobre el utensilio que enmarca,
Antes de mi partida
Hace escribirles
La revelación
Que pronto me darían...

A decorative horizontal brushstroke graphic consisting of several overlapping strokes in shades of grey and muted red, positioned behind the text.

Parte III



LOS HOMBRES TEMEN A LA MUERTE

I

Escurridizas sobre las plantas
Se deslizan los tiempos buenos y malos,
Porque tienen miedo a morir;
De ceniza y polvo sus entrañas
Y el pabilo de una vela que se apaga.

Estremecen el llegar de un destino incierto
Sobre piensan si las dunas se mueven
Sin entender que los granos se desviven
Porque el aire les arrastra vagamente.

Tienen miedo a morir,
Cerrar los ojos y dejar de existir,
Llaman a las dolencias de la carne
Como vencedora de sus cuerpos;
Hielan de pavor el pensarlo solamente.

Se vencen en su propósito,
Abyecta el regalo del presente
Cuando se es cobardemente abandonado
Y la suerte del destino aboga
A la perdición que en mi reniega.

Pero, tenemos que morir
Los árboles se deshojan,
Los ríos se secan,
Y las flores se marchitan
Con el andar del tiempo.

Mis perfumes se impregnan del incienso
Y la unción de mis esencias
Con el bálsamo de mi recuerdo,
Mi piel fría triunfante
De la estancia merecida.

Mas buscaré el Sol,
Un Sol que sangra al final del día;
Donde el alma regresa
A rendir el tributo de la Vida,

La redención a lo vano sufre,
La Muerte llega como consuelo.

Tenemos que morir,
Que la Muerte es la Vida misma,
El árbol no muere sin regar sus semillas,
El río no se seca sin calmar la sed del viajero.
El acíbar que nutre una Vida,
Las mieles finan la estancia eterna.

99

II

El justo equilibrio está
Entre la benévola existencia,
Si los cántaros de lluvia se desbordan
Formarán un hilo que nutrirá la tierra
Como huella de su hazaña.

¡Debes nacer, benévolo viajero!
Pondrás un pie sobre la tierra
Y caminarás sobre piedras y sal,

Te volverá la piel marchita,
Brillantes tus ojos tornarán cansancio.

100
Tu mano sujeta estará de tu guía,
Calzaras con sus pasos tu camino,
Llegará el día que no estarán,
Para cuando te cueste andar
Serás la guía a los que prosiguen.

Te darás cuenta prontamente
Del primer regalo de la Vida,
Amar profundamente
Que en el sesgo todos somos causales,
Las formas de amar nos apremian.

Ama a tus guías,
Que son tu memoria y tu semblante,
Tus padres y tus hermanos son tu sangre,
Forjada la voluntad, está en tu esencia,
El polvo y el arrabio de dolencias
Con su amor serán desechadas.

En el camino encontrarás a los tuyos
Cual fuere la situación estarán ahí,
Formarán lazos impenetrables
Pues el amor manifestó en el amigo aferra
Su hermandad de espíritu predica.

III

Pronto llegará la madurez
Y el pensamiento habrá cambiado,
Conocerás una nueva forma de amor
Frente a ti coincida y se miren fijamente.

No importa el sexo ni el cuerpo
Pues este amor no distingue,
Cuando habrá de llegar el momento
Sus almas se habrán conectado.

El amor es, en su expresión,
De una naturaleza compleja,
El sentimiento más hermoso y cabal

Del apego por el alma
De dos personas que se sienten unidas.

Pero la prontitud del conocerse,
Puede traicionar la mente,
Los placeres que nos han otorgado
Atan al vínculo con premura,
La seducción a veces puede confundirnos.

No es que el sexo sea malo,
Si no el confundir el amor con la necesidad.
Más solo ir más allá de lo terrenal
Con una bondad sempiterna
Del jardín que alguna vez fue Edén.

Soñarás con la virtud de la cima.
La meta de escalar la más alta montaña
Y tu responsabilidad te hará más viejo,
Mientras los días transcurren rápidamente.

Lo tendrás todo, cuando esté al lado tuyo
Y los demás que te aman,

En una Vida de grandes proezas y desventajas,
Tu sello de amante, como el amor siempre ha
[sido
Un noble gesto de nuestra existencia.

103

IV

Vendrán los días lustres
Calurosos, de cosechas.
También vendrán los días tristes
De tornados y lloviznas.

Debes entender el sufrimiento
No como una maldición,
Sino como un camino
Que nos hace buenos hombres.

Así como el amor nos hace sentir vivos,
El dolor y el sufrimiento también
Nos hace recordar lo frágil que es la Vida
Con los años de experiencias perennes.

Agradecerás a la Vida como siempre,
Cada despertar y cada nuevo día
Si haya o no amanecer y alba
Es divina decisión de su equilibrio.

104

Agradecerás a la Vida meditando,
Que la mente del hombre pronto envejece,
Los pensamientos sostienen las vivencias
Y la experticia del acto donde provienen.

Y así serán los días,
Haya o no Sol,
Mires o no a la Luna,
Exista fortuna o desgracia,
Todo ha de agradecerse.

Divino Karma que acrecienta
Sirviendo olivo y laureles a las buenas obras
Y agraz a los que han cometido el acto
De no ser buenos en la instancia.

V

La Vida se irá diluyendo,
Estación tras estación
Cada ciclo, continuamente;
Las nubes se formarán una y otra vez,
La lluvia y la sequía compartirán la vivencia.

Notarás que tus pasos se harán lentos,
Lo erguido de tu frente pronto encorva,
Las barbas blancas y las canas hablarán por ti.
La senectud será tu ocaso, cuando llueva
Arderá el cansancio al anochecer.

Virarás al cielo con tus ojos
Lanzando plegarias a la noche,
Las estrellas contemplando
Que el plazo de tu Vida y lo que has construido
La posteridad aguardará con recelo.

Y las vestiduras blancas de una nieve
Contarán los dulzores y amargos frutos que
[plantaste,
Tus manos manchadas y cansadas seguirán
[labrando
Porque el bronce seguirá moldeando la
[descendencia.

Pronto llegará ese día
Donde las albricias llegarán a tu lecho,
Vendrá la Vida a celebrar tu ciclo,
Mientras la vela se apague
El último aliento de tu boca sople
Que fue una gran Vida.

Pronto llegará ese día
Que correrás victorioso
Con el fuego entre tus manos,
Cuando los tuyos te celebren
En la cima observarás su camino
Y te marcharás a la espera de su ciclo.

No deben temer a morir,
Que somos polvo de estrellas.
La Vida es una prueba
De los verdaderos maestros y nuestras
[decisiones,
Nuestra conciencia y el apego
Al amor y lo que sentimos
Nos dan cobijo y tiempo.

107

VI

Disfruten la Vida,
Que los hilos de arena corren.
Amen profundamente,
Cuando lleguen las dolencias y el sufrimiento
Agradezcan el presente y no odien,
Cuando llegue el momento
La victoria que vence en nuestro ocaso
Será la memoria que perdure de los suyos.

Tomen la revelación que les he dado,
Que aún en el frío desierto
Planteando el desierto de una soledad
Despierto y observo un cielo más claro
De tiñes púrpuras y amarillentos.

La Vida me ha ungido con su presagio,
De lo que aún debo de continuar,
Vigía de un Sol que tomaré de antorcha
A venir sobre los infieles y los que creen;
A buscar la redención de los errores.

NAUFRAGO

I

La redención pronto se acercaba,
El cielo se tornaba de colores más claros.
El viento tenía compasión de alimentarme.

Corría hacia una libertad desconocida
Al provenir de los colores claros,
La Luna me acompañaba mientras gritaba.

Con cada tramo que recorría, en mí brotaba
[una lágrima,
Las cadenas se habían roto en mi interior,
Solo quedaba enfrentar la nada, hacia una
[incertidumbre.

Y aunque el cielo aparenta que amanece
Persigo entre la neblina del sople de la arena
Un camino enmarcado con olor salino, pues el
[mar se aproximaba.

110

II

Soy un viajero que vaga ya por el mundo,
Buscando razones al alba
Dejando el silencio al ocaso.

Soy un viajero que en sus pies
Lleva las arenas del pasado,
Su memoria.

Vaga eternamente con el paso de sus días,
Sobre su espalda el sueño durmiente,
En sus manos la fuerza de encontrarse,
En su cabeza la voluntad de Vida.

Viajero andante que camina encontrándose,
Pensante en su destino y cielo,
Buscando en las estrellas sendero alguno.

Soy un viajero que no haya fin en su búsqueda,
Que errante sobre su rodilla cansada
Busca refugio en el mapa de sus ojos.

111

Y de su boca el alimento,
Alimento del alma,
Sed de saber...

De saber que, de sus pasos sembrados,
Están las raíces de su historia,
Los frutos de la Vida.

Sus huellas marcadas sobre la tierra,
Humedece las lágrimas de sus tragedias,
Y aunque hincado suplica al cielo
No vence en su corazón el amor propio.

Soy el viajero que se marcha,
Que en su sangre lleva el dolor de su agonía,
Sueños de su lecho rodante,
Y su almohada la frente,
Frente de sabiduría,
Pensamiento de querer.

De querer ser recordado,
Cuando el final de sus días llegue
Y sus pasos hayan florecido.

III

Frente a mí el mar estaba,
Su inmensidad me atemoriza,
Las olas empujan la espuma
Del espacio que creía.

Las olas golpeaban
Con las sombras de la arena,

Y las conchas incrustadas brillaban,
El cielo se hacía más cristalino.

Sentado sobre un tronco incrustado
A las afueras de las aguas,
Con vista al firmamento
De tranquilidad plausible.

Meditaba sobre una rama
De un viejo encino que esperaba,
Y a lo lejos una barca
Anclada en esa playa.

El último de los temores
Es la aventura del viajero,
De tomar riesgo del camino
Sin esperar pronto retorno.

¡Oh, misterio poderoso!
Que engendra mi semilla
La blancura de tus prendas
Empapa mi alma.

Al acercarme a esa barca
Recuerdo mis tristezas,
Mas solo la memoria,
Sin rendición ya no dañan.

114

¡Oh, naturaleza afable!
Que tribula la revelación
Y los callos son ventosos
De los navegantes silenciosos.

Y al tomar la barca
Un suspiro de voluntad apega
Gritando, amase la libertad
De la oscuridad que atrás quedó.

IV

Si no fuera por aquellos que rendidos
No pudieron pasar cada prueba,
Y la Vida los juzgó,
Hoy se honran con la hazaña.

Las tormentas en el mar
Son ruidosas,
Tambalean la barca
Mientras la duda no presenta.

La soledad de las aguas me acompaña
Para purificar mis tristezas,
Meditar nuevamente
Antes de ver el alba
Con ardientes hilos que abrazan
A los hijos de la epifanía.

Si los truenos y la lluvia
Con el huracán que se avecina
Aproximan al advenimiento
Del final del propósito
Será de buenos hombres
Que lograron entender su significado,
En cambio, si el fracaso llegara
Los mares en su calma
De ajeno cambiarían
A hundir al que es cobarde.

Aferrándose a la barca
Del oleaje tempestuoso
El último de los temores
De la ira de Dios
Y de los naufragos incomprensibles.

Mas el descanso de una quieta calma,
Bordan un curso errante,
Las nubes se esparcen
A la mitad del océano
Y la locura me pernocta.

V

He aquí que estoy navegando profundamente,
En mar abierto, en el océano de mi conciencia.
Y es que perdí la noción de mi mente,
El cielo no redirecciona mi existencia;
Estoy varado en la quietud de las aguas.

Solo, porque el grito perpetuo me acompaña;
En la pequeña barca, un remo y una vela
Son compañeras mías,
En la inmensidad con el sigilo que subyace,
Esperando el final repentino ruidoso.

117

Aunque a veces desespero en mi soledad,
Con mis lágrimas alimento las aguas,
Aguas turbias cuando sufro;
Tormentosas y exaltadas
Cuando mi boca pronuncia la ira.

No veo más que un cielo despejado,
A duras trazas persigo el Sol,
Al perderlo, recostado en el suelo de la barca
Donde el rozar de las aguas empapa mi espalda
Y la noche estrellada es mi cobijo.

Por venir está la oración nocturna,
Medito mereciendo el castigo de la Vida,
Cayendo en el abisal tormento del mar;

Bien por morir no avanzase jamás
Cuando la luz se ha desvanecido.

118

VI

Perdí el rumbo del hombre
Que acompañado atravesaba el tiempo,
Con la sombra a la Luna obrada,
Triste pensamiento aquel forjado,
Que me acompaña hasta mi naufragio.

No fui barquero ni navegante,
Mas con la red de mis manos
Fui pescador de retentiva,
Endeble en la relinga de su esparavel
Desbordado y franqueable.

En el vendaval arenisco de la sal,
Brotando del espumoso mar,
Turbulento torbellino asecha,

Vacilante en el desliz de las aguas
Donde se es rendido el hombre.

No hay peor augurio por tormenta,
Que el abandono en medio de las aguas,
Con las olas golpeando la barca,
Diminuto el hombre ha perdido esperanza,
Se ha ocultado bajo la nube de las gotas.

119

Vacilante en la penumbra y la neblina,
Silenciosa y pacíficas olas que se tejen,
Entrelazadas acorazando la barca,
Maleable de la mente del pescador
Acompañado de los recuerdos que me hieren.

VII

La intensidad de la Vida
Cuando se ha llegado a la respuesta
Aguas mansas que reflejan la luz
De un alba que se aproximaba.

Aeteneb había quedado lejos,
Había de entender a la Muerte,
Sobre la esperanza que subleva
Hacia la vista y sus colores.

120

Cantos de un silencio extremo,
Mas las gotas de la barca remojada,
Y unos ojos brillantes de imponencia
Impresionantes de aquella hermosa vista.

Las aguas claras se esparcían
De la orilla hasta el fin del borde dorado
Delante de la frente que emanaba
Un calor tranquilizante.

La última lágrima era de felicidad,
De haber encontrado mi propósito,
Y abrazaba cálidamente mi tranquilidad,
Las sienes descansaban de pensarlo.

Pues la barca conducía
A los cantares incandescentes,
Mientras a lo lejos veía
Que estaba amaneciendo.

Otros títulos

La piel que se escabulle
Michelle Gómez Álvarez

El polvo de la muerte
Salim Leonardo Moranchel Contreras

El crimen de Mariana Jobs
Maileth Patiño Ensastegui

El sueño eterno
Xavier Haller

Nostalgia hermética
Ariel Figueroa Gómez

En *Taciturno* presenciamos la construcción de un mundo oscuro: *Aeteneb*, que recuerda el tono de *El paraíso perdido* de Milton o la *Divina comedia* de Dante en un mundo propio construido con la abundancia de las grandes epopeyas.

Heber Quijano

“De tu esplendor emanaban / Pensamientos y obras, / Vida, en torrentes a ríos / Desde tu recinto / Hasta las orillas de la creación” son algunos de los versos que se pueden leer en este poemario. Reyes Montes de Oca pretende recuperar una “historia real” para que no se olvide; aquella en la que se siente alegre y busca dejar constancia de esa alegría; es para aquellos que no comprenden bien lo que sienten y lo ponen sobre papel para ver si al leerlo lo entienden mejor. Eso es parte de lo que él muestra en este breve pero entretenido poemario.

Roberto C. Quezada

A watercolor illustration in shades of grey and black. It features a close-up of a person's face, focusing on the eye and nose, with a soft, ethereal quality. In the upper left, a flock of birds is shown in flight against a background of misty, layered clouds. The overall style is artistic and atmospheric.

SDC

195 Años 
de la Fundación del Instituto Literario
del Estado de México